

## CAPITULO XIII

## CARIÑO PARA CON LOS ANIMALES

He who feels contempt  
For any living thing, hath faculties  
Which he has never used.

WORDSWORTH (1).

The wanton troopers riding by,  
Have shot my fawn, and it will dye.  
Ugenthe men! they cannot thrive  
Who killed thee. Thou ne'er didst alive  
Them any harm: alas! nor could  
Thy death yet do them any good.

MARVELL (2)

There is in every animal's eye a dim  
image and gleam of humanity, a flash  
of strange light their life looks out and  
up to our great mystery of command  
over them, and claiming the fellowship  
of the creature, if not of the soul.

RUSKIN (3).

¿Cuán enorme cantidad de crueldades se perpetra sobre los mudos animales, sobre las aves, las bestias, los caballos, en fin sobre todo cuanto vive? Los gladiadores romanos han desaparecido, pero quedan las corridas de toros españolas. Así como se deleitaban las señoras romanas en ver desangrarse y perecer a los gladiadores en el anfiteatro público, de igual modo las damas españolas palmotean entusiasmadas en espectáculos, de los cuales los guerreros ingleses se salen con repugnancia (4). «Debe confesarse—dijo Caballero—, y lo confesamos con pesar, que en España se demuestra hoy muy poca compasión hacia los animales por hombres y mujeres; y entre las clases bajas, no hay ninguna absolutamente.»

Pero nosotros no tenemos tampoco limpias las manos. No

(1) Quien siente desprecio por cualquier ser viviente, posee facultades que nunca ha puesto en uso.—WORDSWORTH.

(2) El disoluto soldado de a caballo que pasó, ha herido a mi ciervo y éste va a morir. ¡Hombre vil! No medrarán los que te han muerto. Estando vivo jamás les hiciste mal; ¡ay! ni tu muerte puede serles tampoco de provecho alguno.—MARVELL.

(3) Hay en la mirada de todo animal una imagen vaga y un reflejo de humanidad, un relampagueo de extraña luz a través de la cual aparece su vida, para nuestro gran misterio de dominio sobre ellos y que reivindica el compañerismo de la criatura, ya que no el del alma.—RUSKIN.

(4) Sin perjuicio de deleitarse con el *cultísimo y profundamente humanitario* pugilato inglés.—(N. del T.)

hace todavía mucho tiempo que el combate entre toros y perros era una de nuestras diversiones públicas; la riña de gallos y la arrancada de tejones, eran cosas generales hasta en nuestros días. Estas diversiones eran patrocinadas por los ricos y los pobres. Ricardo Martín, de Galway, el amigo de los animales, logró obtener, en 1822, que se votara una ley que investía a los animales con derechos en el contrato social; sin embargo, dos de los jueces, en una causa llevada ante ellos, declararon que los toros no se hallaban comprendidos en los beneficios del acta.

En 1829 fué rechazado por la Cámara de los Comunes un proyecto para la supresión de combates entre toros y perros, por una mayoría de 73 contra 28 votos. Mas la opinión pública creció, hasta que los combates entre toros y perros se hizo diversion de personas pobres solamente. Sólo hasta el año de 1835 no se votó un acta que acababa con los combates de toros y perros. La Sociedad para la supresión de la crueldad para con los animales fué establecida sobre la ley de Martín. Los animales fueron puestos bajo la protección legal, aunque por desgracia quedaron excluidos algunos. Aun hay muchos restos vivos de crueldad.

Por ejemplo, las aves quedaron excluidas. Basta con asistir en Hurlingham en un *dia de señoras*, para ver la crueldad con que se trata a las palomas. Se las suelta de sus jaulas a las pocas horas, y se les caza por apuesta, tiñendo con su sangre los vestidos de las señoras. Hay tantos aplausos como en una corrida de toros española. El ave a que se ha tirado, el ave con una pluma destrozada, consigue volar al campo, cae en un lugar delatorral, y allí muere después de una prolongada agonía. ¿Es esta una lección de humanidad que las mujeres inglesas quisieran enseñar a sus hijos e hijas?

La moda de llevar alas de pájaro en los vestidos de las señoras ha sido el principio de una época calamitosa para los pájaros. Los han tiroteado en todos los países para proveer a la pasión de la *gentil mujer* por las alas de los pájaros. El *Spectator* menciona un casamiento en que once señoras llevaban vestidos adornados con plumas de cisnes y de petirrojos. ¡Qué matanza de pájaros para ese solo casamiento! Los petirrojos debían haber sido muertos en sangre. Mas las señoras tolerarán la matanza antes que dejar la moda.

Pero la matanza de pájaros como negocio ha alcanzado ahora proporciones que amenazan la existencia de algunos de los seres más hermosos de la creación. Los colibríes, los alciones, las alondras, los ruiseñores, son cazados con escopeta. ¡Un negociante en pájaros, de Londres, recibió en una sola consignación

32,000 colibríes muertos, 80,000 pájaros acuáticos y 800,000 pares de alas!

Hace algunos años que el Parlamento votó una ley «para la protección de aves silvestres durante la época de la cría»; y luego otra «para la preservación de las aves silvestres». Pero estas leyes han tenido poco efecto. Todavía se sigue matando las aves silvestres para el placer de las mujeres. Una de las últimas cosas es el sombrero diario de las señoras, «adornado con vistosos patos silvestres». Si no pueden obtener sus adornos aquí, son saqueados para ellas todos los rincones del mundo. La India es un campo dilatado para los alciones, cuyas alas son del color más hermoso. Se les mata para el mercado inglés (1).

Los ingleses se están atrayendo el desprecio de los noruegos por sus matanzas al por mayor de la caza mayor y menor, practicada por la clase baja de los turistas ingleses. El *Punch* de Cristianía dice de nuestros compatriotas: «Ha pasado ya el tiempo en que Inglaterra se atrevía a tomar parte en la política; desde entonces, ha dormido profundamente. (Refiriéndose quizá a la política de lord Russell con respecto a Dinamarca.) Todo el bendito verano, vienen aquí ingleses zafios a molestarnos, a pescar, a cazar y a destruir; de ese modo bien pronto habrá desaparecido toda nuestra caza.»

«Con motivo de la aglomeración de turistas ingleses, ha votado una ley el Storting, prohibiendo a todo extranjero el que pueda llevar una escopeta o caña de pescar sin licencia. Basta con poder disfrutar del espléndido panorama de Noruega, sin destruir sus aves silvestres y su caza mayor. Sea lo que fuere, la ley pondrá término a esa destrucción al por mayor.»

La captura de alondras en este país es enorme. En Lakemeth, en Suffolk, se cazaron en tres días dos mil docenas de alondras y fueron enviadas a Londres para hacer empanadas de alondras, plato delicado de los glotones. Se han hecho muy populares las empanadas de alondras, y se adoptan todas las medidas imaginables para coger estos pájaros en grandes cantidades, tanto en el país como fuera de él.

(1) Un *Amigo de la Naturaleza* escribe desde Khairpur a un periódico de Lahore: «Hace dos noches andaba vagando yo a orillas de un gran lago de aquí, cuando me encontré con dos hombres que llevaban unos canastos de forma particular. A mí me preguntó sobre quiénes eran y qué hacían, me respondieron que eran cazadores de pájaros de Madrás. ¿Qué clase de pájaros? Alciones. Y en su canasto me mostraron las plumas de doscientos de ellos por los cuales me aseguraron que recibirían en Madrás cuatro rupias. Me dijeron que ésta era su ocupación habitual y que durante todo el año había cuadrillas de ellos esparcidas en todo el país, y que las plumas eran enviadas a Inglaterra. Como se hallaban en camino hacia el Sur, les pregunté si iban a Guzerat. Dijeron que no, que allí se les prohibía emplearse en esa ocupación. ¡Buen Guzerat! Espero que su ejemplo será seguido en otras partes de la India Inglesa y si no lo es aún, que lo sea muy en breve. Porque es claro que si esta destrucción escandalosa del hermoso pájaro sigue adelante por mucho tiempo, tendremos motivo para lamentar la completa desaparición de una de las más hermosas razas de aves silvestres.»

He aquí cómo un buen hombre se propuso salvar las alondras y vencer a los glotones. Aconteció esto en los alrededores de Aberdeen hace muy pocos años. Hacia mediados de marzo sobrevino un fuerte temporal de nieve. El campo estaba blanco hasta donde alcanzaba la vista. Los pájaros de tierra adentro eran arrojados a causa del temporal, por el frío y por el hambre, hacia la costa. Se les veía revolotear con ese movimiento peculiar de las alas característico de la alondra cuando vuela sobre la tierra, antes de elevarse veloz en el espacio. Los campos próximos a la ribera estaban casi negros de alondras.

Un número grande de personas salieron para cogerlas por medio de trampas, y armadijos, y liga, o cazándolas con escopeta. El número cogido fué inmenso. Estando avanzada la estación, se habían apareado. ¡Pobrecillas! Veíanse arrastradas por el tiempo cruel a buscar juntas su fortuna o destino. El buen hombre de quien hablamos, encontró a un bruto que ofrecía una alondra en venta, y a sus pies vió una jaula llena de pájaros. Era una perfecta Cueva Negra de Calcuta. Luchaban y se empujaban en sus frenéticos esfuerzos por escaparse. La vista de esto fué demasiado para los sentimientos del buen hombre. Compró todo el lote, y lo mandó a un almacén para mejor comodidad. Dirigióse inmediatamente a casa del secretario de la Sociedad protectora de animales, con objeto de ver si no se podría hacer algo para cortar este infame tráfico, pero con pesar suyo encontróse con que, mientras que muchos de nuestros pájaros favoritos habían sido protegidos por la ley de 1876 para la preservación de las aves silvestres, había quedado omitida la alondra.

Encargóse personalmente de la preservación de las alondras. Dijoles a las personas que estaban ocupadas en destruirlas, que se las llevasen vivas, y que compraría los pájaros a igual precio que recibían de los negociantes de caza en la ciudad. Aceptaron en oferta, porque sabían que en uno de los casos serían muertos y comidos los pájaros, en tanto que en el otro, se les cuidaría y se les daría la libertad. El número de alondras que se llevó era tan grande, más de mil, que, además de las alondras que tenía en jaulas en su almacén, empleó una habitación grande en el campo para guardarlas allí. El bullicio de su canto por las mañanas ensordecía, y montones de pájaros se juntaban sobre la casa para oír el tropel musical.

Pasó la gran tormenta, desapareció la nieve, y una vez más se hizo visible el verde pasto y la negra tierra. Llegó entonces la redención de los cautivos. Abriéronse las ventanas de la habitación y salieron como un torrente, cantando y tomando vuelo en todas direcciones. En seguida fueron sacadas del almacén las jaulas con alondras y llevadas a un lindo lugar fuera de la ciu-

dad. Abriéronse las puertas y el bienhechor se paró al lado para ver la salida de sus amigas. Era curioso observarlas. Algunas salían como flechas, elevábanse en el aire, y prorrumpían en su canto :

Pouring their full heart  
In protuse strains of unpremeditated art (1);

otras revoloteaban sobre la superficie del suelo y desaparecían en los bosques cercanos. Se puede comprender, pero es difícil de expresar el contento de nuestro amigo del Norte, en su pequeño acto de benevolencia. Las alondras se establecieron allí e hicieron sus nidos en las cercanías. Allí criaron a sus polluelos; y desde esa época ha sido rodeada la ciudad por la música de la alondra.

Higher still, and higher  
From the earth thou springest,  
Like a cloud of fire;  
The blue deep wingest,  
And singing still dost soar, and soaring ever singest (2).

El gran Leonardo de Vinci, hombre grande por su bondad para con las aves y los cuadrúpedos, grande como arquitecto, como ingeniero, militar, filósofo y artista, acostumbraba comprar pájaros enjaulados para darles otra vez la libertad. Se ha hecho un retrato de este noble artista efectuando un acto de misericordia con los pájaros, que han sido soltados revoloteando en torno a su libertador, y las jaulas vacías a sus pies. El cuadro se halla en la galería de pinturas del Louvre, en París.

Los antiguos ermitaños sentían gran amor por los animales. Eran sus únicos compañeros. Los pájaros acostumbraban revolotear en torno suyo; y hasta los animales salvajes buscaban un amparo a su lado. Parecían comprender que no se les haría daño alguno. Hasta los pájaros conocen y sienten el daño cuando un hombre aparece entre ellos con una escopeta. Los cuervos se elevan después de comer los insectos que hallan en el surco hecho por el arado, y desaparecen inmediatamente; y al alimentarse los cuervos hacen un beneficio, trabajando en favor de la cosecha del año venidero.

San Francisco abrigaba la idea de que todos los seres vivientes eran sus hermanos y hermanas, y llevaba su idea más allá de los límites de la poesía: hasta el hecho positivo. Hasta predicaba a los pájaros. Tenía la costumbre de hablar a todas las cosas creadas como si tuviesen inteligencia; y se complacía en reconocer en las distintas propiedades algún rasgo de la perfec-

(1) Desahogando su corazón en intensas notas de arte improvisado.

(2) Cada vez más arriba te elevas de la tierra como una nube de fuego; aletoas en el azulado firmamento, y remontas mientras cantas, y cantas remontándote.

ción divina. «Si tu corazón es recto—dijo otro sabio antiguo—, será entonces toda criatura un espejo de la vida y un libro de doctrina santa.»

Un estado de sentimiento muy distinto prevalece en Bass Rock, en el estrecho de Forth. El ánsar lo ha convertido en el paraje favorito de los cazadores de aves. Los yates y vapores navegan en torno de la roca, y durante horas consecutivas sostienen un tiroteo incesante y mortífero. Los pájaros, grandes y chicos, caen por docenas, y ya quedan heridos o muertos, se les abandona a su destino. Los heridos, con piernas quebradas o alas que sangran, se agitan de acá para allá en el inquieto mar, bienes mostrencos mutilados, y mueren en medio de sufrimientos imposibles de describir. Y, no obstante, hay seres inhumanos que llaman a esto «diversión».

Los pájaros son más humanitarios que algunos hombres. Ayúdanse mutuamente cuando se encuentran en dificultades. Cuando Edward de Banff hirió de un tiro a una gaviota de mar, se quedó sorprendido al ver que otras dos que no estaban heridas levantaron a su hermana sobre sus propias alas y la llevaron al mar. Edward pudo haber muerto muchas gaviotas más, pero espontáneamente las dejó que llevaran a cabo un acto de misericordia, y pusiesen de manifiesto un caso de afecto del cual ningún hombre tendría que avergonzarse si lo imitara.

La batida ha sido importada en su mayor parte de Alemania a este país. Manadas enteras de perdices, faisanes, liebres y otros animales son levantadas por los guardabosques en un radio de varias millas y conducidas a un paraje abrigado, donde son muertas a centenares por las escopetas. Esto se llama «diversión». «Me atrevo a esperar—dijo el arzobispo de York—, que no se halla muy lejano el tiempo en que sea un punto de historia curioso, saber que hubo una época en que los caballeros ingleses propalaban con satisfacción en el extranjero, que ellos y sus amigos habían muerto en un par de días dos mil cabezas de caza, que habían sido acorraladas en un monte para recibir de cierta manera la muerte. Además, el ave enjaulada, soltada sin tener probabilidad de salvarse, herida una vez y otra, y recogida revoloteando y sufriendo, es un pasatiempo para los hombres fuertes, y cuando las mujeres toman parte en un día de fiesta de tales diversiones, muestran que no tienen amor ni piedad. Deja una sombra, y, a la verdad, es asunto de penoso estudio.»

¿Es ésta la caballerosidad a que ha descendido Inglaterra? ¿Es este anhelo impertinente de inhumanidad y de crueldad, la más elevada idea de la virilidad? Sir Carlos Napier abandonó la caza porque no podía soportar la idea de lastimar a seres muertos; y, no obstante, había ganado la batalla de Meane. Era

valiente, pero no era cruel. No podía soportar la diversión que se mantiene con los sollozos y los gritos de muerte de seres inofensivos. Cuando el general Outram, el Bayardo de la India, procuraba restablecer su salud en Egipto, acompañado por su esposa, supo uno de sus amigos que no tenían carne para comer y cazó un pájaro. Outram, a pesar de ser un *sportsman*, dijo tristemente: «He hecho el juramento de jamás cazar un pájaro.» Negóse a comer el pájaro cuando estuvo guisado; su amigo lo regaló a una anciana campesina, y «comimos como pudimos».

Alberto de Siena está representado en las antiguas miniaturas en el instante de acariciar a una liebre, porque a menudo las protegía cuando eran perseguidas por los cazadores. Está representado explicando el hecho, así como el melancólico Diego está llorando y comentando sobre el expirante ciervo. «Un hombre—dice San Crisóstomo—mantiene perros para dar caza a animales silvestres, hundiéndose a sí mismo en la brutalidad; otro mantiene bueyes y asnos para transportar mercancías, pero desampará a los hombres que sucumben al hambre, y gasta ilimitadamente el oro para hacer hombres de mármol, mas no cuida de los hombres verdaderos, que se están endureciendo como piedras a causa de su mala condición.»

Un novelista francés dice de los ingleses, en una de sus obras: «Salgamos y matemos algo.» Esta es la idea que se tiene de las costumbres del inglés. Pero se olvida de sus propios compatriotas. Nosotros hemos conservado aún nuestros pájaros, a pesar de que muchísimos han perecido de hambre y frío en estos últimos inviernos, y muchísimos más por la caza y las batidas. Aun son los pájaros el encanto del país. ¡*Gloria in excelsis!* Pero en Francia se hallan silenciosas las campiñas. No hay música en las alturas. Las alondras han sido cazadas con redes, y comidas. Las aves de vistoso plumaje han sido muertas a tiros, y sus alas han adornado los sombreros de las señoras. De todo el país han desaparecido los gorriones, los pinzones, los petirrojos y los ruiseñores. Todos son muertos y comidos (1).

Mas ya ha llegado el castigo. Los árboles son comidos hasta quedar pelados; la vid es destruída por la filoxera; las hojas de los arbustos son devoradas por las orugas. Se las ve colgar en racimos de los árboles. Los pájaros que destruían los gorgojos y

(1) En materia de pájaros es Francia un país obscuro y silencioso. La mirada busca inútilmente, el oído escucha en vano, porque allí está la Naturaleza llorando por sus hijos que ya no existen. Digase lo que se diga de las instituciones republicanas y de la propiedad del campesino, no pueden reivindicar compañerismo con la Naturaleza, que más bien se adhiere a sus antiguos amigos, el feudalismo y la aristocracia. Si se informara en cualquier parte de Francia de que había un número tan grande de pájaros de hermoso plumaje y canto arrebatador como se puede ver y oír en casi todas partes, a algunas millas de la metrópoli, saldrían los habitantes en trajes de fantasía, llevando escopetas y grandes morrales, seguidos de innumerables perros y dispuestos a estar durante días en acecho de la oportunidad de conseguir a tiro fácil una víctima.—*The Times*.

la filoxera han sido muertos. De ahí que se extienda la destrucción sobre Francia. Las cosechas son comidas de raíz, y la vid es completamente improductiva en algunos distritos. Así, pues, la falta de humanidad, lo mismo que las maldiciones, vuelven a casa para empollar. Waterton ha calculado que un par de gorriones destruyen en un solo día tantas orugas como hacen falta para comerse medio acre de mieses nuevas en una semana.

Nos alegramos que en Francia se hayan tomado algunas medidas para la protección de los pájaros y de los cuadrúpedos, contando con el apoyo del ministro de Instrucción Pública. A los niños—porque son siempre los jóvenes los que imitan la crueldad—se les enseña benevolencia y humanidad para con los animales, así como para todo aquello que depende del cuidado humano. Esta es la nueva orden de caballería en Francia, y es indudable que demostrará ser de gran utilidad. Ya existen quinientas sociedades juveniles para el cuidado y protección de los animales. En América ha habido un movimiento semejante; y ya se hallan inscritos dos mil niños en la Sociedad Protectora de los Animales en Filadelfia. Incúlcase la benevolencia para con los animales, y el doble deber de respeto y de compasión se les recomienda muy seriamente.

¡Cuánto tiempo se emplea en dar a los niños conocimientos inútiles, y cuán poco se gasta en enseñarles una útil humanidad! Se les enseña una literatura, que en nada contribuye para hacerlos mejores o más humanos. No se les enseña la dulzura, la benevolencia o la urbanidad. Se les instruye la cabeza, pero no el corazón. Mas podría ser difícil encontrar maestros que pudieran despertar los sentimientos mejores de su naturaleza íntima. La fuerza física está a la mano y a ella se acude con más frecuencia. Es una cosa directa y palpable. Puede ser sentida. Sus efectos inmediatos son a veces visibles; pero sus efectos finales quedan escondidos en el corazón. Estos son, por lo general, apreciados en poco, por ser oscuros y remotos.

Cuando Efordio de Colonia oyó los gritos de llanto que salían de una escuela por donde él pasaba, abrió la puerta, entró y se arrojó como un león, levantando su bastón contra el maestro y su pasante, arrancando al niño de sus manos. «¿Qué estáis haciendo, tiranos?—exclamó él—. ¡Aquí estáis puestos para enseñar y no para matar a los discípulos!»

Es indescriptible la crueldad que se usa con los niños por ciertos padres, así como por algunos maestros. Se supone que los niños sean de la misma naturaleza mental, del mismo temperamento, de igual capacidad para aprender, como lo son sus padres y sus maestros. Además, el niño que no puede aprender sus lecciones tan pronto como otro, es azotado o humillado de alguna

manera. Las personas mayores olvidan la intensa desventura a que quedan con ello expuestos los niños. El horizonte del niño es tan limitado que no puede ver remedio alguno para sus penas, y su dolor llena todo su pequeño ser.

«Padres, no excitéis en vuestros hijos la ira, no sea que se desalienten.» Si la vida de un niño es amargada tiene por resultado general el desapego y la aversión secreta. Cuando un niño se siente agraviado, un sentimiento de amargura llega a implantarse en su corazón. Nunca podemos pensar sin compadecernos de aquel padre que perdió por la muerte a un hijo lleno de promesas y al que persiguió toda su vida el recuerdo de su severidad paternal. «Mi hijo—dijo a un amigo—me creía cruel y tenía demasiada razón para pensar así. Mas no sabía cuánto le amaba yo en el fondo de mi corazón; y ahora ¡es demasiado tarde!»

Pensamos con frecuencia, cuando oímos hablar de padres que pegan a sus hijos, que mejor sería que se aplicaran a sí mismos ese castigo. Ellos han sido los que han traído a la vida a los herederos de su propia naturaleza moral. El niño no hace su propio temperamento, ni tampoco ejerce dominio alguno sobre su dirección, mientras es un niño. Si los padres han dado un temperamento irritable al niño, es por parte de ellos un deber imbuirle la práctica del dominio sobre sí mismo, de la indulgencia y la paciencia, de modo que la influencia de la vida diaria pueda, con el transcurso del tiempo, corregir y modificar los defectos de su nacimiento.

Mas «el niño tiene que ser doblegado». No hay mayor engaño que ése. La voluntad forma la base del carácter. Sin fuerza de voluntad, no habrá firmeza de propósito. Lo que hace falta no es doblegar o quebrar la voluntad del niño, sino educarlo en una dirección conveniente; y esto no debe hacerse usando como agentes la fuerza o el miedo. Podrían citarse mil casos en prueba de esta teoría.

Cuando el padre o el maestro confían, sobre todo, en el castigo, para gobernar la voluntad del niño, éste asocia insensiblemente el deber y la obediencia con el miedo y el terror. Y cuando hayáis asociado así el dominio sobre la voluntad de otros con el castigo, habréis hecho cuanto es posible hacer para poner los cimientos de un mal carácter, de un mal ciudadano (1). Podrá ser muy bien que los padres no piensen en esto mientras castigan en sus hijos sus propias faltas, pero no por esto es menos verdad. No hay duda alguna de que el mando sobre la voluntad de otro, ejercido por el castigo, conduce paulatinamente a todos

(1) «Toda primera impresión—dice Richter—, consérvase perenne en el niño; el primer color, la primera música, la primera flor, pintan el fondo de su vida... El primer objeto de amor interno o externo, la injusticia, o cosas por este orden, arroja una sombra incommensurable en los futuros años de su existencia.»

los diversos grados de irritación, injusticia, crueldad, opresión y tiranía.

Cuando hace poco en la escuela *Blue-coat* se ahorcó un muchacho, antes que someterse a los rigores de la escuela, salió otro antiguo discípulo de la *Blue-coat* y describió los castigos que se ejecutaban en este establecimiento ricamente dotado. «Los castigos—dice—eran sencillamente brutales en su severidad, y, a veces, eran aplicados con muy poca justicia» (1). Hay que mencionar otro punto aún. La tiranía de los maestros para con sus discípulos implanta en ellos una tiranía para con los otros. Los golpes les enseñan la crueldad para con los que se hallan en su poder. Así como no ha sido tomado en consideración su sentimiento de dolor, así adquieren su desprecio por los dolores de los demás. Llegan a complacerse en causar dolor a sus condiscípulos de menos edad que ellos, y a los seres mudos, pero sensibles.

Hay una enorme cantidad de crueldad practicada contra los animales, y que nosotros creemos que tiene su origen en el castigo corporal que se ha recibido en la familia o en la escuela. Lo halláis en una cuadrilla de muchachos pegándole a un pobre burro en el campo—o en ahogar a un gato—o en atar una caja de lata a la cola de un perro o en ligar a un abejorro o en diversas distracciones de los chicuelos. Los padres y los maestros debieran enseñar cuidadosamente que los niños sientan un tierno respeto por todo aquello que tiene vida y que se abstengan de producir cualquier dolor innecesario; y esto no lo pueden conseguir más eficazmente, que absteniéndose de procurarles, a su vez, todo sufrimiento inútil.

Hemos mencionado a los asnos. Este animal no es ciertamente perverso. Lleva pesadas cargas con firme y seguro paso. En Suiza veis a los burros, pesadamente cargados con leña, marchando al borde de los precipicios y volviendo puntualmente a casa con su carga. El burro ayuda diariamente al hombre pobre. Las personas dicen que es obstinado. Pero eso procede del mal

(1) El reverendo Andrés A. W. Drew, doctor en Filosofía, hizo un llamamiento al público sobre este asunto, en una carta al *Times*. «Por fortuna—dice—, nunca fui yo azotado, pero mientras viva no olvidaré una escena que presencié, de otro muchacho que había sido azotado. Era un jovencito pequeño y delicado, de nombre Blount, y dormía en la cama inmediata a la mía. Un muchacho grande había obligado a Blount a que fuese y le trajera unos terrones de azúcar de la azucarera del pasante. El muchacho grande se comió el azúcar, y el chico no tomó ni uno. Llegó el caso a conocimiento del pasante, dió parte de ello al administrador, el cual azotó a Blount por ladrón y no castigó al muchacho grande. Esa noche no podía dormir el pobre Blount, y al fin me pidió que le ayudara. Le saqué la camisa y vi que sus espaldas, desde los hombros hasta la cintura, no eran sino una masa de carne lastimada, estando adherida la sangre a la camisa de tal modo, que causaba dolor el desprendarla. Entonces con mi índice y pulgar, saqué de su espalda por lo menos una docena de briznas de varillas de abedul, que habían penetrado profundamente en las carnes. La espalda del muchacho más se parecía a un pedazo de carne cruda que a otra cosa... Comparad esto, señor, con un castigo de azotes moderno dado en la cárcel, donde, según dicen los periódicos, quedó la espalda del criminal ligeramente enrojecida, pero sin que saliera sangre, y que vuestros lectores digan lo que piensan de un castigo de azotes en un *Hospital de Cristo*.»

trato que reciben. Hemos conocido asnos afectuosos trabajadores, bien dispuestos y perseverantes.

La expresión *animales mudos* es probablemente falaz. Los animales parece que tienen medios para comunicarse entre ellos, aunque no con palabras articuladas. Gimen, murmuran o gritan. Comunican entre sí por señas arbitrales. Hasta comprenden el lenguaje humano. Vienen cuando son llamados. Los perros, los caballos, los elefantes y otros animales, obedecen a la voz humana.

De todos los animales, el perro es de quien se hace más confianza. El perro siente amor, obediencia, disciplina, conciencia y hasta razón. Lord Brougham ha referido una historia de un pastor que perdió su perro escocés en una feria. El perro buscó en todas direcciones a su amo y, por último, olfateó sus pisadas. Siguió el rastro por cierto camino, hasta que llegó a un punto en que éste se dividía en tres. Olfateó el primer camino, luego el segundo y, en seguida, sin olfatear el tercero, echó a correr por él. El perro parece haber razonado de este modo: Mi amo no ha entrado en éste, el primer camino; no ha entrado en éste, el segundo; debe haber entrado en éste, el tercer camino.

En lo que toca a la conciencia, una noche oscura se lanzó un perro fuera de su casilla, y mordió a una anciana. Gritó ésta y el perro soltó en el acto a su presa. ¡La anciana era quien lo había alimentado! ¡En qué aflicción se hallaba el perro! Si hubiera podido hablar, hubiera dicho: «He mordido a mi mejor amiga, la que siempre me ha alimentado y ha sido siempre buena para conmigo. ¡Qué bestia he sido!» El perro estaba completamente humillado de su ingratitud. No quiso salir de su casilla durante tres días, ni siquiera para comer. Por fin venció la anciana la obstinación del perro, y éste la colmaba con sus demostraciones de amor y de gratitud.

Por otra parte, ¡cuán afectuoso es el perro! Todo el mundo conoce la historia del fiel perro *Bobby*. El perro estuvo en el entierro de su amo, en el cementerio Greyfriar, de Edimburgo. No había piedra alguna que señalara el sitio, mas durante cuatro años vigiló *Bobby* sobre el pequeño promontorio. Nunca olvidó el lugar en que su amo estaba encerrado. Durante el verano y en el invierno—lloviendo o nevando—allí permanecía *Bobby*. Aunque lo echaban a latigazos del sepulcro, siempre volvía. Amaba a su amo más que a sí mismo. Enflaqueció hasta el punto de no ser sino huesos y piel, un perro famélico, muerto de hambre.

Por último se hizo público el hecho por unos empleados de los impuestos municipales, que querían imponer la contribución sobre el perro. Mas no había quien lo reclamase. Su amo estaba debajo de tierra. Algunos le dieron alimento, otros lo quisieron

para sí, pero él no quería abandonar el sepulcro. Su amor era completamente desinteresado. Después de vigilar y aguardar durante cuatro años, murió el afectuoso perro. Entonces se levantó un pequeño monumento en la calle, al lado de la portada del cementerio de Greyfriar, para perpetuar la memoria del fiel y cariñoso *Bobby*. ¡Qué lección de agradecimiento y de amor para los seres humanos!

El capitán Hall refiere un incidente de la niñez de sir Walter Scott, que ejerció una poderosa influencia en su vida interior. Cierta día pasaba un perro cerca de él, cogió una piedra y se la arrojó. Le rompió una pata al perro. El pobre animal tuvo suficientes fuerzas para arrastrarse hasta él y lamerle los pies. Dícese que este incidente le causó el más amargo remordimiento. Nunca pudo olvidarlo, pues era un hombre de corazón muy sensible. Siempre tenía en torno suyo a sus favoritos. Poseía un caudal de afectos para todo ser creado. Escribió sus novelas con sus perros a su alrededor: *Maida*, *Nemrod* y *Bran*. *Maida* era la predilecta. Murió durante la vida del poeta, y éste hizo construirle un monumento esculpido frente a su puerta. En su novela *Wood stock* conmemora el retrato acabado y lleno de afecto de la vieja *Maida* con el nombre de *Bevis*.

Son dignos de admiración la fidelidad y el apego de los perros. ¿No tenemos los célebres *Bedgellerd*, de Gales? ¿Los de San Bernardo, que han salvado tantas vidas de entre la nieve de los Alpes? ¿Los famosos perros *Rap* y *Nipper*, tan admirablemente pintados por el doctor Juan Brown? ¿El perro de Montargis, que defendió en vano a su amo, Aubri de Montdidier, cuando fué atacado por su enemigo mortal Macaire, y que más tarde guió al descubridor del asesino? ¿Y el perro del duque de Richmond, conmemorado por Van Dyck, cuya sagacidad y valor salvó a su amo de ser asesinado?

Sir Walter Scott cuenta en su *Diario* la historia de un perro que salvó a su amo de ser quemado vivo: «Lord R. Kerr—dijeron—nos dijo que tenía una carta de lord Forbes (hijo del conde Granard, Irlanda), en la cual le refiere que se hallaba durmiendo en su casa, en Castle Forbes, cuando fué despertado por una sofocación, lo cual le imposibilitaba de tener las fuerzas necesarias para poderse mover, dejándole, no obstante, consciente de que su casa ardía. En este momento, y estando ya su habitación envuelta en llamas, saltó su perro sobre su cama, cogióle de la cintura y le arrastró hasta la escalera, donde el aire fresco le devolvió las fuerzas y pudo escapar.» Este caso es muy diferente de los de la mayor parte de salvamento hecho por la raza canina, donde el animal, generalmente, se lanza al agua, en cuyo ele-

mento tiene fuerza y habilidad. El del fuego le es tan hostil como al género humano.

Y, ahí están, por último, los perros de Pompeya y Herculano. El molde del primero está sacado de la cavidad de ceniza en que fué descubierto. Murió de sofocación y de angustia. Mas, a semejanza del centinela, no abandonó su puesto ni por un instante. El perro de Herculano, *Delta*, ha dejado tras de sí una admirable historia de valor. En el desentierro de la ciudad, cubierta de lava, fué hallado su esqueleto extendido sobre el de un muchacho como de doce años de edad, muy probablemente llevando con los dientes su carga para evitar que fuese sofocado o quemado. Peció el niño como también el fiel *Delta*; pero queda un collar para referir el noble valor del perro. Cuenta que había salvado tres veces la vida de su amo: del mar, de los ladrones y de los lobos.

Se ve por esto que las tendencias morales e intelectuales del hombre están simbolizadas en grado notable en el espíritu animal; que son capaces de sentir amor, fidelidad, gratitud, sentimiento del deber, rectitud de conciencia, amistad y la más elevada abnegación. Refiriéndose al perro, dice Hartley en sus «Observaciones sobre el hombre», que parece que nosotros estamos en lugar de Dios para él: para sustituirle y con poderes para recibir homenaje en su nombre; y añade que estamos obligados, por esa misma tendencia, a ser sus guardianes y bienhechores.

Dice Darwin: «Vemos una aproximación distante a este estado de espíritu en el profundo amor de un perro por su amo, unido con sumisión propia, algún miedo y acaso otros sentimientos. La conducta de un perro cuando vuelve a su amo después de una ausencia, y como pudo añadir, la de un mono a su querido guardián, es muy diferente de la que observa para con sus compañeros. En este último caso, aparecen ser menos los transportes de alegría, y el sentimiento de igualdad se demuestra en todos sus movimientos» (1). «Así es, pues—dice Nicholson—, cómo muchos animales son más discretos y mejores que muchos hombres y que algunas razas enteras de hombres.»

Como ejemplo, mencionaré aquí un caso en que el animal fué mucho mejor que el hombre. Cierta perro pertenecía a un hacendado de Cumberland. El hombre apostó que su perro conduciría una majada de ovejas desde Cumberland hasta Liverpool, una distancia de más de cien millas, sin ayuda y sin que se le vigilara. Teniendo en cuenta lo tortuoso del camino, los grupos de animales y de transportes que se encuentran en él y lo largo de la jornada, parecían imposibles las probabilidades a favor del perro.

(1) Origen del hombre, I, 68.

No obstante, en el transcurso de algunos días, llegó éste a Liverpool con toda su majada. El animal había cumplido con su deber, pero estaba muriéndose de hambre. Después de entregar su majada, cayó muerto en medio de la calle, en Liverpool, víctima de la brutalidad de su amo.

Todos recordarán la historia de Androcles y el león. Estando escondido Androcles en una cueva vió que se le acercaba un león. Temió ser devorado. Pero el león venía cojeando y parecía sufrir un gran dolor. Androcles se aproximó con valor, cogió la pata del león y le sacó una gran astilla de madera que había enconado la carne. El león estaba agradecidísimo y le hacía fiestas. Más tarde, cuando Androcles hubo sido preso y enviado a Roma para ser entregado a las fieras salvajes, fué soltado un león para que lo devorase. Era el mismo león a quien Androcles había aliviado de su tortura. El animal recordó con gratitud a su salvador, y en vez de devorarle, fué hacia él para acariciarle. Appiano declara que él mismo presencié la escena entre Androcles y el león en el circo de Roma.

¿Tienen los animales algunos derechos? Ningún derecho legal, verdaderamente, excepto aquellos concedidos por la ley. Pero tienen el derecho de vivir y de gozar. «La justicia—dice Juan Lawrence—, en la que se hallan incluídas la misericordia y la compasión, tiene relación explícita con el sentido y el sentimiento; y la justicia puede serles aplicada en cualquier forma.» «La cuestión no es preguntar—dice Jeremías Bentham—, ¿pueden razonar?, ni tampoco, ¿pueden hablar?, sino, ¿pueden sufrir? Esta es la manera de sentar la cuestión. La conciencia de los pueblos más civilizados les dice que traten a los animales con bondad, que tengan presente su felicidad lo mismo que la de aquellas personas que viven a su alrededor.»

Sir Arturo Helps transcribe un pasaje de Voltaire, en el cual le hallamos hablando en defensa de los derechos de los animales.

«¿Es posible que haya alguien que pueda decir o afirmar por escrito que los animales son máquinas, privadas de conocimiento y de sentido, que tienen una semejanza en todas sus operaciones, y que no pueden aprender ni perfeccionar cosa alguna? ¡Cómo! Este pájaro que hace un nido semicircular cuando lo fija contra un muro; que cuando lo hace en un ángulo, le da la forma de un cuadrado, y circular cuando lo construye en un árbol; ¿es esto tener una semejanza para sus operaciones? Este perro, después de una enseñanza de tres meses, ¿no sabe más que cuando lo tomasteis en vuestro poder? Vuestro pinzón real, ¿repite una melodía desde la primera vez que la oye?, o mejor dicho, ¿no es después de algún tiempo cuando podéis conseguirlo? ¿no se suele equivocar y no adelanta con la práctica?»

»¿Es porque hablo por lo que me concedéis sentido, memoria o ideas? Perfectamente, estoy callado, pero me veis llegar a mi casa muy melancólico, y que con precipitada ansiedad busco un papel, abro un escritorio, en donde recuerdo haberlo puesto, lo tomo, y lo leo con manifiesta alegría. De esto deducís que he experimentado pena y placer, y suponéis que tengo memoria y conocimiento.

»Haced igual referencia con respecto de este perro, quien, habiendo perdido a su amo, anda buscándolo por todas las calles con aullidos de aflicción, y vuelve a la casa agitado y desasosegado; sube las escaleras, las baja, corre de una habitación a otra, hasta que por fin encuentra a su amo querido en su escritorio, y manifiesta su contento con sus ladridos en tono bajo, sus gestos y sus caricias.

»Este perro, tan superior al hombre en su afecto, es cogido por algunos *virtuosos bárbaros*, que lo clavan a una mesa, y lo disecan vivo aún, para mostraros mejor las venas meseraicas. Veis en él los mismos órganos de sensación que se hallan en vos. Ahora, anatomistas, ¿qué decís? Respondedme. ¿Ha creado la Naturaleza en este animal todos los resortes de la sensación, para que no pueda sentir? ¿Tiene nervios para carecer de placer o de dolor? ¡Salid con eso! no hagáis cargos a la Naturaleza de tal debilidad e inconsistencia.

»Mas los doctores escolásticos preguntan de qué es el alma de los animales. Esta es una pregunta que no comprendo... ¿Quién formó todas estas propiedades? ¿Quién ha implantado todas estas facultades? AQUEL que hace que el pasto crezca, y que la tierra gravite hacia el sol.»

Es extraño cómo un animal puede captarse el corazón humano. Ebenezer Elliot, el de la Ley de Granos, dijo: «Si no fuese por mi gato y mi perro, creo que apenas podría vivir.» Hasta un gato puede hacer que una persona sienta apego a su casa. En cierta ocasión salió de la escuela un niño, y no sabía qué hacer de sí mismo. Se puso inquieto. Ansiaba fugarse. Deseaba ver el mundo y las cosas que contenía. Pero sentía un gran afecto por el viejo *Tabby*. Pensó que podían ahogarlo o regalarlo; quedóse, pues, en su casa. Acertó obrando así porque al fin salió todo bien en su favor.

Thoreau, de Concordia, Massachussetts, pareciase a los antiguos ermitaños en su amor por los animales. Se fué a los montes en 1845, cerca de Walden Pond. Empezó a construir una casa, con gran sorpresa de los coatíes y de las ardillas. Pero los animales vieron muy pronto que él no pensaba hacerles daño alguno. Solía acostarse sobre un árbol caído, o al borde de una roca, y permanecer completamente inmóvil. Las ardillas o los coatíes, o

las marmotas, se le acercaban más y más, y hasta le tocaban. Corrió por los bosques la noticia de que había un hombre entre ellos que no les quería matar. Nació una hermosa simpatía entre el hombre, los pájaros y los cuadrúpedos. Acudían a su voz. Hasta las víboras se enroscaban en sus piernas. Al tomar una ardilla de un árbol, rehusaba dejarlo el animalito, y ocultaba su cabeza en el chaleco de Thoreau. Hasta los peces del río le conocían. Se dejaban sacar del agua con entera confianza de que él no les iba a causar daño alguno. Había edificado su casa sobre el nido de un ratón de monte, y al fin, el ratón, que estaba aterrorizado al principio, salía y comía las migajas que dejaba caer a sus pies. Después corría sobre sus botines y sus ropas. Por último se hizo tan manso el ratón, que se le subía por las ropas, en sus mangas, y alrededor del papel que contenía su comida mientras él se hallaba sentado en un banco. Cuando tomaba un pedazo de queso venía el ratón y lo roía, sentado en su mano, y cuando había terminado, se limpiaba la cara y las patitas, lo mismo que una mosca, y en seguida se iba. Nunca hemos oído de una comunión semejante entre el hombre y los animales, exceptuando los casos de los ermitaños, anotados con tanta profusión por Kenelm Digby, en sus *Mores Catholici*.

Cuando Teodoro Parker tomó una piedra para lanzarla contra una tortuga de un estanque, se sintió contenido por algo en su interior. Marchóse a su casa y le preguntó a su madre lo que era ese algo. Díjole ella que ese algo era lo que comúnmente se llama conciencia; pero que ella prefería llamarlo la voz de Dios dentro de nosotros. «Esto—dice Parker—constituyó el punto de partida de mi vida»; y éste fué su modo de aceptar la verdad de la divinidad del Espiritu Eterno que habla a nuestro propio espíritu.

«No existe nada en la voluntad del hombre—dice el reverendo J. S. Wood—, que sea tan poderoso para educar los animales de escala inferior como la bondad cuidadosa. Resolución inflexible, unida a la bondad y simpatía, son armas irresistibles en manos del hombre; y no creo que haya animal alguno que no pueda ser sometido si un hombre a propósito emprende la tarea.

»Con mezcla de firmeza y de bondad fué hecho dócil y obediente en tres horas aquel furioso y salvaje caballo *El Corsario*, obedeciendo a la menor señal de su domador, y permitiendo que se le manejara libremente sin hacer la menor demostración del más leve resentimiento.

»En cierta ocasión vi trabajar al señor Rarey con un espléndido caballito negro de raza árabe, que se abalanzó como un tigre contra él, pateando, mordiendo y bufando al mismo tiempo, atacándole ya con sus quijadas, ya con sus patas... A la me-

día hora estaban acostados juntos en el suelo Rarey y el caballo, descansando la cabeza de Rarey sobre una de las pezuñas traseras, y la otra la tenía puesta sobre su sien... Había impreso en la memoria del animal que no se quería hacerle el menor daño; así es que el caballo, en vez de sentir miedo o cólera, concibió cariño por el hombre, que no le producía dolor, y que, no obstante, enseñaba que debía ser obedecido» (1).

En todas partes se observa muchísima crueldad para con los pájaros y los cuadrúpedos, en gran parte por falta de reflexión. En Italia llega hasta trastornar a uno. Los pájaros se usan para diversión de los niños. Atan una cuerda a la pata de un pájaro. Cuando el pájaro intenta volar, tiran de la cuerda. Cuando quedan agotadas sus fuerzas para volar, es casi siempre desplumado vivo y descuartizado. Los niños no pueden comprender que un cuadrúpedo o un pájaro pueda ser una criatura digna de consideración. Cuando se hace alguna observación sobre esto, responden que: «Non e Cristiano», no es cristiano.

En Nápoles veis a los pequeños caballos, al galope, llevando una carga de pasajeros. Los arneses penetran en sus lomos hasta que llegan a ensangrentarse. Cuando pasáis por los caminos, veréis a los caballos que están inútiles. Se les deja, en espera de que se mejoren sus heridas, y entonces se les vuelve a poner al trabajo. Una mañana, se veía venir un carro abierto por la Strada di Roma, excesivamente cargado. Contenía hombres y mujeres que venían del mercado con sus productos vegetales. Un sacerdote se hallaba en medio de ellos. El caballo galopaba como de costumbre. La calle estaba mojada; el caballo resbaló y cayó. Hubo un grito, y un vuelco general de pasajeros por uno de los lados del caballo: las mujeres, los hombres, el sacerdote, los repollos y las naranjas. Sólo fué una sorpresa del momento. El caballo fué levantado, el carro vuelto a llenar con los canastos; las mujeres, los hombres y el sacerdote treparon de nuevo, el caballo fué azotado, y allá se fué galopando calle abajo.

¡No hay esclavitud en Inglaterra! Pero reparad en los caballos de los omnibus, de los coches y de los carros, y hallaréis que la esclavitud existe para los caballos. Ha dicho Jaime Howell, secretario de la Municipalidad, hace ya años, en 1642, que Inglaterra es denominada «el infierno de los caballos», y no sin razón. Los coches son arrastrados por animales aniquilados, y una o más de sus patas están doloridas. Podéis ver cómo uno de ellos levanta suavemente su mano, y la vuelve a descansar del mismo modo. Acaso está lleno de grandes piedras el camino sobre el cual tiene que andar arrastrándose. Preguntad al caballo de carro cómo es tratado. Es condenado a ser pateado y azota-

(1) *Hombre y animal*, por Wood, 1, 206-7.

do durante una larga existencia de trabajo, a hacer esfuerzos y a bambolear bajo sus cargas, a soportar el calor, el frío y el hambre, sin resistencia. Por último, es enviado al matadero de caballos, para que su carne sea vendida para los perros.

Para mitigar la tortura de los caballos cargados con exceso, que subían y a veces se resbalaban sobre las calles que afluyen al Támesis, cerca del puente de Londres, salía diariamente una bondadosa señora con su sirviente y esparcía arena gruesa por las calles. La hemos visto con frecuencia en medio del tráfico, bajo las narices mismas de los caballos, esparciendo la arena gruesa en los caminos; continuó esta tarea durante muchos años. A su muerte, no olvidó a los pobres caballos. Dejó una suma considerable en manos de sus albaceas, para que «por siempre» fuera invertida en la distribución de arena gruesa sobre las inclinadas y resbaladizas calles de Londres. Su nombre no debe ser dado al olvido. Era la señorita Lisetta Rest, y había ocupado el puesto de organista durante cuarenta y tres años en la Iglesia de Allhallows, Barking, en la calle de la Torre.

Preguntad al caballo de coche, desollado por su detestable rienda de cabezada, y que lleva por el Row a la altiva belleza, teniendo su boca cubierta de espuma y en ocasiones llena de sangre; y ¿qué os diría? Que lo mismo los hombres que las mujeres son sus desapiadados tiranos. Y no obstante, esas señoras asisten a los *meetings* que tienen lugar contra la vivisección para protestar de la crueldad para con los animales (1).

El hombre ha esclavizado al caballo, al asno, al camello, al renjifero, y a otros animales; ejecutan sus mandatos; llevan sus cargas; cambian una vida de libertad por otra de dolor y de trabajo. Ellos gimen y cocean bajo el látigo, el freno y la cadena. En una carrera con obstáculos en Liverpool, hubo necesidad de matar después de la carrera más de cinco caballos. Tres tenían el lomo fracturado y dos tenían las patas rotas.

«Algunas veces pienso—ha dicho sir Arturo Helps—que es

(1) La carta que sigue es tomada del *Times*, abril 18 de 1880: «Señor: en favor de la causa de los desvalidos que sufren, recorro a vos por un pequeño espacio en vuestras columnas para protestar contra la crueldad que se ejerce a diario con los caballos de coche, generalmente aquellos que son de la más valiosa clase. Además de la riendilla tirante, se usan ahora frenos que producen verdadera tortura. Ayer pasó a mi lado en Bond Street un hermosísimo landó tirado por un par de magníficos caballos moros azules: la rienda de cabezada se hallaba horriblemente tirante, y la boca del caballo de la derecha estaba espumando con sangre. ¿Es posible, me pregunté yo, que la joven pasajera que ocupa el carruaje, se entere de todo este sufrimiento? Para aquellos que, como yo, aman los caballos y procuran su bienestar, son dolorosos estos espectáculos. Soy entendido en caballos, y de una mirada sé si están bien. ¡Ay! nada se me pasa, y mi paseo de la tarde casi diariamente me es amargado por espectáculos como el que acabo de describir, o es la boca ensangrentada, o la lengua hinchada y casi negra por la presión del freno, la cabezada asegurada en una posición que no es natural, y otros signos de malestar. Pregunto yo, ¿todo este miserable sufrimiento es impuesto por ignorancia, o inadvertencia o despiadada crueldad? Permitid que ruegue encarecidamente a aquellos que son los dueños de caballos, que tengan conmiseración de ellos: pertenecen a las criaturas más nobles de Dios, y son los servidores más fieles del hombre.»

una desgracia para el mundo que el caballo haya sido domesticado. El caballo es el animal que peor ha sido tratado por el hombre, y su sujeción no ha sido por completo un beneficio para la humanidad. Las opresiones a que ha contribuido desde los más remotos siglos, han sido excesivas. A él debemos muchas de las rapiñas llevadas a cabo en «las oscuras edades». Y tengo la idea persistente de que ha sido el principal instrumento de las más sangrientas guerras. Desearía que los hombres mismos tuviesen que arrastrar sus cañones cuesta arriba. No es dudoso que ellos se rebelarían contra semejante tarea. Y un jefe que estuviera obligado a estar a pie durante toda una campaña, se cansaría pronto de la guerra» (1).

En el libro de Job, escrito hará unos tres mil cuatrocientos años, encontramos una descripción del caballo de guerra. «¿Has dado tú la fuerza al caballo? ¿Has revestido su pescuezo con el rayo?... La aureola de las ventanas de su nariz es terrible. Escarba la tierra en el valle, y se complace en su fuerza; sale al encuentro del hombre armado; búrlase del miedo, y no se asusta, ni retrocede ante la espada; de lejos olfatea la batalla... el tronar de los cañones y el vocerío.»

Virgilio también hablaba del caballo de guerra, en su tercera Geórgica, escrita muchos siglos más tarde:

The fiery courser, when he hears from far  
The sprightly trumpets and the shouts of war,  
Pricks up his ears, and, trembling with delight  
Shifts place, and paws, and hopes the promised fight (2).

El caballo de guerra de los frisos del Partenón en Atenas, que se encuentran ahora en el Museo Británico como los Mármoles de Elgin, demuestra el orgullo que los griegos sentían por estos nobles animales. En una época posterior, sabemos que Méjico y el Perú fueron conquistados, sobre todo, con la ayuda del caballo. Los indígenas miraban como a dioses a los guerreros montados. Huían ante sus cargas y eran aniquilados a millares. Y sin embargo, estos países habían alcanzado cierto grado de civilización sin el uso del caballo. Cuando los españoles devastaban el país hallaron miles de casas bien construidas, con sus jardines. «Dudo—dice sir Arturo Helps—que hubiera un solo mejicano tan mal alojado como lo están millones de nuestros pobres compatriotas.» De ahí que se ofrezca con frecuencia esta pregunta: ¿Hacemos realmente algún progreso en la civilización? ¿Somos mejores de lo que fueron los griegos o los romanos, o los mejicanos, en los tiempos de su mayor cultura?

(1) *Los animales y sus amos*, pág. 20.

(2) El activo corcel, cuando de lejos percibe el eco del sonoro clarín y los gritos del combate, levanta sus orejas, y estremeciéndose de placer, cambia de lugar, escarba la tierra, y espera con ansia la lid.

## CAPITULO XIV

HUMANIDAD PARA CON LOS CABALLOS : EDUARDO FORDHAM FLOWER

He was the soul of goodness,  
And all our praises of him are like streams  
Drawn from a spring, that still rise fur, and leave  
The part remaining greatest.

SHAKESPEARE (1).

He prayeth well, who loveth well,  
Both man, and bird, and beast;  
He prayeth best, who loveth best,  
All things, both great and small;  
For the deard God who looet us,  
He made and loveth all.—COLERIDGE (2)

The gentleness of chivalry, properly so called, depends on the recognition of the order and awe of lower and loftier animal life... There is, perhaps, in all the Iliad, nothing more deep insignificant—there is nothing in all literature more perfect in human tenderness and honour for the mystery of inferior life—than the verses that describe the sorrow of the divine horses at the death of Patroclus, and the comfort given them by the greatest of the gods.—RUSKIN (3).

¡Cuánto debemos al caballo! Para muchos es fuente de alegría y de placer. En su juventud y belleza es el favorito de su dueño. Los hombres, las mujeres y los niños aman al caballo; su paso, su trote, o su galope lo hacen agradable a la vista. El caballo nos lleva durante mucho tiempo y con firmeza; arrastra nuestras cargas; alivia al hombre de una gran parte de su trabajo. Pero llega el instante en que es degradado y esclavizado.

El caballo de carro es azotado y obligado a arrastrar pesos superiores a los que puede llevar; el caballo de coche es amordazado con frenos brutales hasta que arrastra su carga con tortura. El caballo de birlocho está expuesto a un trabajo incesante y a veces con el peor tiempo. Trabaja hasta que ya casi no puede tenerse en pie. Sus patas se enferman a causa de arrastrar su car-

(1) Era el alma de la bondad; y todos los elogios que le tributamos son como corrientes sacadas de una fuente, que prosigue manando abundante, y deja aún mayor la parte que le queda.—SHAKESPEARE.

(2) Ora bien, quien ama, tanto el hombre como el ave y el cuadrúpedo: ora mejor quien mejor ama a todos los seres, así grandes como pequeños: porque el Dios querido que nos ama, a todos hizo y a todos ama.—COLERIDGE.

(3) La nobleza de la caballería, llamada así con propiedad, estriba en el reconocimiento del orden y temor de la vida inferior y superior... Nada hay tal vez más profundamente significativo en toda la *Iliada*, en toda la literatura, nada hay más perfecto en la ternura y veneración humana por los misterios de la vida inferior, que los versos en que se pinta el pesar de los divinos caballos a la muerte de Patroclus, y el consejo que les fué dado por el más grande de los dioses.—RUSKIN.